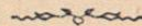


## CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.



El Palacio de Capodimonte.—Caserta. El Palacio. El Parque. El Jardín inglés.—El Puente de la Valle.—El Cementerio.

AL solicitar el permiso para visitar el Palacio Real de Nápoles en la mayordomía del mismo, entregan al viajero una tarjeta que da derecho para visitar también las otras dos residencias reales, el Palacio de Capodimonte y el de Caserta. Circunstancias que no es del caso referir, nos impidieron acompañar á un grupo de nuestros amigos á la visita del segundo; pero no por eso dejaremos de hacer una breve descripción de él, refiriéndonos á lo que nos platicaron el Padre Icaza y el Padre Rodríguez, á quienes cedimos nuestra tarjeta.

El Palacio de Capodimonte, situado en la colina de este nombre, es hoy un verdadero Museo que encierra mil preciosidades que encantan la vista. Enriquecido con una gran colección de los mejores cuadros de artistas contemporáneos, así como de muy bellas esculturas modernas, puede considerarse como una de las galerías más notables en su género, no sólo de Nápoles, sino de Italia. Objetos artísticos de otra clase hállanse allí coleccionados en espléndidos salones; tales son las porcelanas de la antigua fábrica de Capodimonte, las figuras en barro cocido de pastores y animales, ejecutadas por Sammartino y Polidoro, los magníficos servicios



de mesa de Viena con preciosas miniaturas, y las variadas y exquisitas piezas de porcelana china.

Es notable también la galería de retratos, entre los cuales merecen especial mención los de la familia Bonaparte y los de los príncipes reales de Polonia.

Es verdaderamente rica la colección de armas que colocada en varios salones con una disposición admirable, contiene objetos curiosísimos de esta especie, muchas de las cuales reconocen origen muy antiguo.

Llamó mucho la atención á nuestros compañeros una sala cuyas paredes se ven cubiertas del piso al techo con exquisitas porcelanas de un mérito sin igual. Grandiosos y de un lujo deslumbrante son la sala de baile y el comedor, este último ostentando un hermoso pavimento sacado de una quinta de Tiberio en Capri.

No es menos digno de visitarse el bellissimo y extenso parque anexo al Palacio, al cual se entra por un soberbio enverjado de fierro. A la entrada se ve un elegante hemicielo formado con árboles de espeso follaje cortados simétricamente, de donde parten varias calles que se extienden hasta perderse de vista y conducen á sitios amenos en que se hallan un magnífico establo de vacas, la preciosa estancia de los faisanes y una pintoresca ermita que en otro tiempo fué ocupada por religiosos capuchinos.

El Palacio de Capodimonte fué comenzado por Carlos III en 1738 y lo concluyó Fernando II en 1839.

Para aprovechar el permiso que se nos concedió de visitar las tres residencias reales que existen en Nápoles, debíamos salir de la ciudad y dirigirnos á Caserta, la preciosa villa de hermosas calles formadas con elegantes edificios de construcción moderna. Nos detendremos en la plaza llamada *Vanvitelli*, admirando el soberbio monumento erigido á la memoria del célebre arquitecto de este nombre, que dirigió el Palacio y algunos otros edificios notables. Veremos no muy distantes las ruinas de la antigua Caserta, que todavía se conservan en la mesa de una colina en donde fué edificada la ciudad por los lombardos en el siglo VIII. Es digna de ad-

mirarse la Catedral, en donde permanecen en pie multitud de sarcófagos antiquísimos.

El magnífico Palacio Real, que con razón es llamado el Versailles de Nápoles, está situado casi enfrente de la garita del camino de fierro, teniendo á sus lados los grandiosos edificios que fueron destinados para cuarteles de caballería. Monumento de arquitectura el Palacio, fué construido por el artista de quien hicimos mención, por orden de Carlos III en 1752. La fachada exterior tiene 253 metros de largo por 41 de altura. Entrando por la puerta de en medio, se halla el visitante en un suntuoso pórtico revestido completamente de mármol, dividido en tres vestíbulos, cuyas bóvedas están recibidas en 64 columnas de mármol de Sicilia. En el del centro se abraza á golpe de vista el hermoso parque con su espléndida cascada en el fondo y en primer término el interior del Palacio con sus cuatro patios perfectamente simétricos. En el de la izquierda se descubre la entrada al Teatro, que se compone de cuarenta palcos repartidos en tres pisos y está decorado con diez y seis hermosas columnas corintias, que fueron sacadas del templo de Serapis en Pouzzoles. A la derecha, delante de una gran estatua de Hércules, se admira la soberbia escalera por la cual se sube á los departamentos reales. Obra única en su género, es toda de mármoles riquísimos y consta de 116 escalones de una sola pieza. Objeto de admiración de los inteligentes, merece ser conocida por la descripción que de ella hizo y por las impresiones que al subirla recibió un ilustre viajero de real estirpe. (1) Séanos permitido trasladar aquí unos renglones de las memorias escritas por tan elegante pluma.

«Las paredes de la doble escalera parecen revestidas de damasco de mármol; tan juntas así están las lápidas que forman como una tela continua, tan maravilloso es el gusto con que los colores están combinados: aquella escalera se considera como la obra maestra que existe en su género. Las ricas venas se entretajan haciendo ingeniosas figuras para for-

(1) El infortunado príncipe Maximiliano de Austria.



mar el tapiz más grandioso y más sólido que se haya dispuesto alguna vez por manos de artista para el armamento de un palacio.

«La escalera de Caserta es verdaderamente digna de la Majestad real. ¿Qué cosa más magnífica que figurarse al soberano colocado en la parte más alta y como resplandeciente con el brillo del mármol que lo rodea y dejando llegar hasta él á los humanos? La multitud sube respetuosamente, el soberano envía miradas graciosas, pero que caen de arriba: él, el poderoso, el que manda, se adelanta hacia ellos con una sonrisa de augusta bondad. Que Carlos V, que María Teresa aparezcan en lo alto de esa escalera, y yo quisiera ver al que no inclinase la cabeza ante la majestad que ha recibido de Dios el poder. El fundador de Caserta ha indicado bien que todo poder viene del Cielo, porque el vestíbulo octógono conduce inmediatamente á la capilla, santuario de aquel inmenso edificio. Los tiempos varían y los hombres con ellos. Yo me imagino que en medio de esas montañas de mármol pulido y de esa sinfonía de colores formada con la piedra, los fracs negros deben hacer la misma figura que las efimeras sobre un manto de púrpura. Yo también, pobre efimera, sentí brotar en mí el orgullo, como lo había experimentado ya en el palacio de los duxes de Venecia, y pensaba cuán agradable debe ser en ciertos momentos, demasiado solemnes para ser frecuentes, estar en la cumbre de una escalera semejante y poder dejar caer la mirada sobre los demás, sintiéndose uno el primero, como el sol en el firmamento.»

Acabando de subir la magnífica escalera, nos encontramos debajo de un elegantísimo vestíbulo octógono, desde donde se dominan con la vista los cuatro grandes patios; llenándonos de admiración el esplendor, la riqueza y la abundancia de los mármoles, su arquitectura y lo exquisito de su decoración. Frente á la escalera, en el centro del vestíbulo, sorprende el artístico grupo de Carlos III sentado sobre un león, teniendo á sus lados las estatuas del Mérito y de la Verdad. En la bóveda llama la atención el bellissimo fresco de *Staracio*, que representa la figura de Apolo rodeado de las musas, y más abajo las cuatro estaciones.

Del vestíbulo se pasa inmediatamente á la capilla adornada con preciosas piedras de lapizlázuli y con hermosos dorados: sobre la puerta de entrada se destaca la tribuna real y á los lados otras para los dignatarios de la corte: las paredes ostentan muy bellos cuadros.

Saliendo de la capilla, éntrase á la derecha al salón de los Alabarderos, amplio, de artísticas proporciones y decorado con magnificencia. Es notable la bóveda por la pintura que la cubre, del escudo de los Borbones sostenido por la Virtud.

De este salón se pasa al de los Guardias de Corps, lujosa estancia adornada con doce bajo-relieves que representan las doce provincias del antiguo reino de las Dos Sicilias, y con un grupo en mármol de Alejandro Farnesio, vencedor de Flandes, coronado por la Victoria.

No es menos suntuosa la sala de Alejandro, así llamada por el gran medallón que la decora, en el cual se halla esculpida la efigie del rey de Macedonia, y por la pintura de la bóveda en que está representado el matrimonio del mismo con Rojana.

A la derecha siguen otras dos salas bien decoradas con mármoles italianos y extranjeros y con profusión de molduras y dorados; una se llama de Marte por referirse á episodios mitológicos de este dios las pinturas que la adornan, y la otra de Astrea, por la pintura de la Justicia que cubre la bóveda.

De esta sala se pasa á la del Trono, de gran capacidad, pues mide 35 metros de largo por 8 de ancho y 26 de altura, y de una singular magnificencia. El pavimento está cubierto con exquisitos mármoles; las paredes y el techo brillan por la ornamentación y el dorado; los marcos de las puertas y ventanas son de granito rojo oriental; los frisos y las cornisas, de mármol de Africa ó de amarillo antiguo. En 46 medallones se hallan los retratos de los reyes de Nápoles y de Sicilia, desde Rogerio el Normando hasta Francisco de Borbón. En la bóveda una bella pintura de *Mandarelli* representa la fundación del Palacio: se ve al arquitecto *Vanvitelli* que está mostrando los planos á Carlos III.

Del lado opuesto al en que se hallan los salones que llevamos descritos, está el departamento particular del rey. Consta de cuatro magníficas estancias en cuyas bóvedas se admiran otros tantos frescos hermosísimos que representan las cuatro estaciones del año. La cámara del tocador, cubierta de espejos de gran tamaño, y decorada con elegantes molduras, es



verdaderamente espléndida. Todo este departamento está amueblado como lo dejaron los Borbones. En una de esas cámaras murió en el año de 1859 Fernando II.

Después de visitar estas habitaciones, se desciende al Parque pasando por la gran verja que cierra el fondo del patio principal.

La belleza de este hermosísimo parque consiste en la abundancia de agua de que disfruta y se halla distribuida caprichosamente en cascadas, surtidores, lagos, estanques y fuentes, en que se ha cuidado de asociar con primor y con un gusto admirable la naturaleza al arte, presentando conjuntos que recrean la vista y embelesan el ánimo. Entrando en la gran avenida central á pocos pasos se toma á la izquierda la calzada que conduce á una preciosa casa que imita una pequeña fortaleza rodeada de agua. A corta distancia un lago encantador de cristalinas ondas, tiene en el centro un pintoresco *chalet*, construido con gracia indescriptible. Tomando después á la derecha para volver á la gran avenida se encuentran dos soberbias fuentes, la llamada de los Delfines, por las figuras mitológicas que la coronan, y la de Eolo, que es notable por la espléndida cascada que allí se despeña; teniendo debajo una gruta desde la cual se goza del sorprendente efecto que produce la vista del parque y del palacio en el fondo, á través de las transparentes aguas. Saliendo de la gruta se sube por unas rampas laterales adornadas con estatuas que representan los vientos, y costeano á la orilla de los depósitos de agua que están dispuestos en gradería, se sigue subiendo hasta la fuente de Ceres, cuya estatua se ve acompañada de un numeroso cortejo de ninfas y de dragones alados. Continuando la ascensión, se encuentra otra fuente adornada con blanquísimos mármoles de Carrara, que representan á Venus seguida de ninfas y de cazadores. Llegando, por fin, al último depósito que recibe las aguas que bajan del Monte Briano y van á romperse con encantador estruendo sobre rocas dispuestas con admirable gusto y naturalidad, se ve de cerca la fuente de Diana y Acteón: éste representado en un monstruo mitad hombre y mi-

tad ciervo, es perseguido por sus perros; Diana acaba de arrojar al sacrílego en el agua en que estaba bañándose. Por otras dos rampas laterales se sube todavía más á una gruta artificial desde donde se ve saltar el agua y se goza del bello panorama del parque, del castillo y de las fértiles tierras de la Campania.

No debe abandonarse Caserta sin visitar el magnífico Jardín inglés, que se halla separado del parque por una verja de hierro. Este gran jardín fué comenzado á plantar por orden de Carolina de Austria y está formado con grandes camellones, que encierran una bellísima y variada colección de plantas. Majestuosos plátanos, erguidos cedros del Líbano, esbeltas palmas y otros árboles hermosísimos hacen el más bello adorno de aquel sitio. Un manso arroyuelo serpentea en un pequeño bosque, en donde se ocultan entre el follaje las ruinas de un templo imitando el antiguo, á las cuales sigue un pequeño lago. Es un lugar tristemente poético, muy á propósito para entregarse á la meditación.

No lejos del Palacio que hemos descrito, se descubre otro castillo, el de Lencio, que en otro tiempo era casa de recreo para los reyes. Hoy está convertido en una gran fábrica de seda, que no tuvimos tiempo de visitar.

Habíamos omitido hacer mención de un gran monumento contemporáneo en su construcción al Palacio de Caserta, obra del mismo arquitecto *Vanvitelli*. Nos referimos al Puente "de la Valle," mandado construir por Carlos III para conducir el agua á la famosa cascada de que hicimos arriba mención. Tiene más de medio kilómetro de largo por una altura de 58 metros en su mayor elevación. Se compone de tres órdenes de arquerías superpuestas y la más elevada termina en una extensa galería que se puede recorrer de una á otra extremidad. Cuando contemplábamos esta gigantesca obra ejecutada por iniciativa de un gran rey y bajo la dirección de un genio en el arte, recordamos las impresiones que habíamos recibido al atravesar el puente de Brooklyn en Nueva-York. ¡Qué distancia tan inmensa entre ese feo armazón de fierro y madera y aquel imponente y hermoso monumento!



Cuando no haya ni memoria del puente americano, el acueducto italiano permanecerá en pie conduciendo el caudal de agua que alimenta la soberbia cascada y recibiendo sobre sus arcos á los visitantes que recorren diariamente sus galerías. Alguna semejanza tiene este inmenso acueducto con el que construyeron los jesuitas cerca de Zempoala, para llevar el agua á la población.

Imposible habría sido visitar en cinco días los principales monumentos, edificios y establecimientos que encierra Nápoles y embellecen sus alrededores en un radio de considerable extensión. Hemos dado cuenta de algunos y en la relación del viaje de regreso daremos á conocer otros que pudimos recorrer muy á la ligera en los días que nos detuvimos á la vuelta. Para cerrar este capítulo nos detendremos un momento en la descripción del Cementerio católico, uno de los más bellos de Europa. Separadamente daremos noticia de dos excursiones importantes, la de Pompeya y la del Vesubio.

El Cementerio llamado Camposanto, comenzado á construir por los franceses en tiempo de Fernando II, fué embellecido y ensanchado, y posteriormente ha recibido notables mejoras. Su posición sobre la pendiente de una colina, ofrece muy hermosas vistas en la llanura de los *Paludi*. Entrando por el lado Norte se puede observar desde luego la parte posterior de un templo levantado á expensas del Municipio. Los liberales italianos, menos intolerantes que los nuestros, al quitar á la Iglesia la administración de los panteones, no han pretendido despojarlos de su carácter religioso, y antes bien, han procurado conservárselo, fieles á las tradiciones de sus mayores y observantes del precepto de aquella sabia legislación romana, que declaraba *lugar religioso el en que era sepultado un cadáver humano*. Prueba patente de ello es el magnífico templo á que aludimos, el cual forma un gran patio rectangular circundado de una elegante columnata de orden dórico, teniendo en el centro la estatua colossal de la Religión. Al derredor del templo se levantan

ciento dos capillas funerarias, propiedad de diversas congregaciones religiosas y de algunas familias particulares.

Descendiendo al lado opuesto por la gran escalera que hace frente á la entrada principal del templo, se descubren ricos monumentos de mármol debajo del corredor. Por la parte de afuera en los hermosos jardines separados por bellas avenidas y senderos tortuosos, entre las flores, los mirtos y los cipreses, se elevan tumbas de todas clases y de varias dimensiones coronadas muchas con atributos que llenan de tristeza el alma. No muy distante de este sitio hay uno reservado para los hombres ilustres. Avanzando un poco más sorpréndese la vista con la variedad y número incontable de capillas de congregaciones y de monumentos de familias que se descubren por todos lados, cuyo lujo arquitectónico y la profusión de mármoles contrasta con el lúgubre recuerdo que evocan de los seres queridos que se han ausentado de nosotros. No puede formarse idea, sino viéndolo, de todo lo que el arte ha reunido allí de riqueza en mármoles y en esculturas.

Nada cristiana en verdad, esta profusión de objetos de lujo colocados sobre los sepulcros, obedece á un sentimiento de vanidad desgraciadamente arraigado ya en todos los países civilizados. Digna es de censura y debería abolirse, si no fuese uno de los grandes elementos de vida que hoy tiene el arte, desde que empobrecido el clero y despojada la Iglesia, los artistas perdieron la inmensa protección de que gozaban en tiempos anteriores.